

Mercedes López Mateo

ARQUEOLOGÍA DE LOS CUIDADOS

¿INVENTÓ EL FEMINISMO LA REVOLUCIÓN DE LOS AFECTOS?

Prólogo de Diego Garrocho

Alianza Editorial

Primera edición: septiembre de 2025

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© María de las Mercedes López Mateo, 2025

© del prólogo: Diego Garrocho, 2025

© Alianza Editorial, 2025

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 979-13-7009-040-1

Depósito legal: M. 11.910-2025

Printed in Spain

A Bego y al resto de mis ángeles de la guarda

Este libro se ha elaborado en el marco del Proyecto de Investigación Cultural History of Gestures PID2022-141667NB-I00 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

ÍNDICE

Prólogo. Antes del principio (o cómo hablar del cuidado para no cuidar), por Diego Garrocho	13
Introducción. La revolución de los cuidados.....	19
1. Un presente descuidado.....	25
¿Qué significa cuidar?	25
El agotamiento de una promesa	33
2. La belleza de Safo	45
Un noble acto	53
Soledades y alianzas	61
Eternidad.....	72
3. Pandora y el bello mal	83
El deber de reciprocidad	87
El deber de lealtad	103
Epílogo.....	123
Agradecimientos.....	141
Bibliografía.....	145

«La misericordia de Dios se manifiesta en la desdicha tanto,
o quizá más, que en la alegría, pues bajo aquella forma
no tiene analogía con nada humano.»

SIMONE WEIL

«Permaneced en la caridad fraterna.
No os olvidéis de la hospitalidad;
gracias a ella hospedaron algunos, sin saberlo, a ángeles.»

HEBREOS 13:2

«Se escribe porque se espera, pese a toda duda.
Pese a toda duda, creo y espero en el hombre,
como espero y creo en otras cosas:
en la verdad, en la belleza, en la rectitud, en la libertad.»

ANTONIO BUERO VALLEJO

PRÓLOGO

ANTES DEL PRINCIPIO (O CÓMO HABLAR DEL CUIDADO PARA NO CUIDAR)

No hay peor tragedia para ningún ser humano que no haber cuidado nunca. Alguien podría imaginar que la verdadera desgracia radica en el abandono o en la escasa suerte de quienes nunca tuvieron la fortuna mínima de ser atendidos o queridos. Pero la injusticia más letal no es aquella que se padece, sino la que se perpetra. Creo que fue Sócrates quien lo certificó en carne propia. Y esta es una verdad con la que volverán a toparse en este libro.

El cuidado —o, en plural, los cuidados— no es tan solo una palabra o un concepto. Tampoco es el objeto de un imperativo ni una exhortación más o menos moral o salvífica. No es, ni siquiera, una experiencia. Es algo más. El cuidado es una impugnación absoluta de la ley del más fuerte o, si lo prefieren, de la norma que, desde su origen, ha regido en la naturaleza. Allí donde el dominio del más capaz impone su despótica victoria, el cuidado se anuncia como una afrenta a la lógica de la retribución y del interés propio. Como una excepción definitiva en la que quien puede decide, por un instante —o por toda una vida—, atender a quien no puede. La vida, lo leímos en un texto antiguo, no la gana quien la protege, sino quien la entrega.

No hay nada más moderno ni más propio de nuestra época que querer romper las reglas, sean las de la lógica o, como añoraba Nietzsche, las de la gramática. Por eso, para algunos, los cuidados fueron una tentación revolucionaria: una apuesta ácrata y emancipadora, a la espera de que la subversión se convirtiera en norma triunfante.

Pero el ideal político —habrá quien piense que todos los ideales— es la antesala de una decepción, y hasta del reproche. Lo hemos visto demasiadas veces: las causas nobles suelen palidecer cuando se convierten en banderas, y las ideas certeras suelen morir por la violencia que impone su abuso.

Le hemos concedido tanto valor al lenguaje que casi hemos subordinado la acción y la realidad al relato. Entre las palabras y las cosas, siempre hubo quien prefirió las palabras. Pues mientras hablemos de los cuidados, tendremos una coartada a mano para no cuidar. Y hace tiempo que hablamos de los cuidados. Pero ya saben que los plurales son antiplatónicos. Quizá de ahí venga su éxito. Por eso, y porque al expresar que los cuidados son muchos estamos subrayando que existen tantas formas de cuidar como carencias y dolores habitan la tierra. Y es que el cuidado no es sólo un cultivo, ni una protección, ni una atención generosa. El cuidado es la custodia de aquello que no podría ser por sí mismo y que, sin embargo, se mantiene gracias a otro. O a otra. Es una suerte de generosidad ontológica en la que alguien necesita de otro alguien para poder seguir existiendo.

Los filósofos siempre soñaron con una sustancia que fuera autosuficiente y que no necesitara de nada más que de sí misma para persistir en el ser. *Causa sui*, lo llamaron. Pero, salvo el Dios de Aristóteles —y habría que ver si en el fondo también él—, todos necesitamos ser cuidados.

La lógica del cuidado, como tantas cosas que importan, es casi inexplicable. De ahí que gran parte de su promoción

haya venido impulsada por eso que algunos denominan el giro afectivo. La estrategia nominal —de la que ahora se abusa hasta el ridículo— recuerda al *Linguistic Turn*, con el que casi todos los problemas filosóficos se redujeron a disputas lingüísticas, aunque en esta ocasión el orden de los afectos parecía enfrentarse a ese otro régimen, el de la razón, que para tantos habría dominado violentamente la historia del pensamiento occidental.

Sospecho que la oposición entre la razón y el sentimiento tiene mucho de artificial. La simplificación es la antesala del error, cuando no de la falsedad, e intentar oponer la razón al afecto no es más que una toma de posición sesgada y desleal con la historia. Nietzsche (otra vez) nos ayudó a sospechar del modo en que recreamos la antigua Grecia de forma falaz, y esa sospecha debería ejercerse cada vez que nos sentimos tentados a imaginar nuestro presente como una verdadera ruptura o incluso como una revolución.

Es doloroso constatar que la ruptura radical es imposible. Nada de lo que nos atrevamos a pensar o a hacer es enteramente novedoso, e incluso las condiciones de posibilidad de nuestra experiencia deben hacerse cargo de la tradición. Cuando queremos impugnar el pasado, estamos obligados a servirnos de instrumentos antiguos para liberarnos de las hipotéticas cadenas. Quien intente pensar los cuidados sin escarbar en las fuentes antiguas, fracasará. Mercedes López Mateo lo sabe y ha sorteado con graciosa soltura esa tentación.

Entre las muchas virtudes que tiene el texto para el que estas líneas sirven de prólogo, está el cultivar la humildad, que —como todo el mundo sabe— es una forma de lucidez, cuando no de sabiduría. Porque no es cierto que nuestra época haya descubierto tanto, ni hay tal ruptura en la prioridad que creemos conceder ahora a los afectos. Mirar al pasado y estudiar la tradición es una forma de impugnar el egoísmo

y de combatir la soledad. Con permiso de Flaubert, habrá que recordar que la educación sentimental no es ni siquiera un patrimonio del siglo XIX francés. Los textos más clásicos se atrevieron a forjar un vocabulario que todavía heredamos cuando queremos nombrar el acto de cuidar y de ser cuidados. Mercedes López Mateo lo explica con coraje y con una claridad que debe agradecerse.

Somos humanos por culpa de nuestra historia, pero también en las sucesivas mutaciones sociales y culturales que han tenido lugar a lo largo de los siglos siguen haciéndose visibles los signos de algunos textos antiguos que marcaron para siempre nuestra piel y nuestra lengua.

Diría que este libro no es un ejercicio de historia ni un mero diagnóstico de la circunstancia presente. Este texto es un ensayo en su acepción más literal: es un intento o un conato por resolver una paradoja existencial de nuestra época partiendo del único lugar seguro con el que cuenta cualquier pensador: la circunstancia propia. Su autora es una filósofa todavía joven que no hace de su biografía una categoría, pero que sí sabe encontrar en las situaciones de las que ha sido testigo un punto de partida desde el que pensar. Y ya saben —esto también lo diría Aristóteles— que no hay ciencia si no es de lo universal.

El auge y la caída de los cuidados es un tópico generacional en el que se evidencia la temperatura de nuestro tiempo, pero en el que también comparecen fórmulas antiguas en las que López Mateo ha sabido adentrarse sin perder el rumbo. No es poco. Si cabe impugnar la disociación entre *lógos* y *páthos*, también merecerá la pena cuestionar el hiato con el que tantas veces se separan Atenas y Jerusalén. La capital cultural y espiritual del mundo hebreo fue, entre otras muchas cosas, una ciudad helenizada, y la herencia filosófica —incluso la más secularizada— es incomprensible sin acoger mati-

ces, conceptos y experiencias transferidos desde el ámbito religioso judío y cristiano.

En las páginas que siguen nos esperan los gigantes de siempre. O, si lo prefieren, aquellos que comparecen todas las veces que intentamos ser honestos para diagnosticar lo que nos pasa. No faltarán Odiseo ni Laertes, y serán convocados —puntuales y por orden— Weil, Camus, Levinas, Steiner, Aristóteles, Derrida, Camps, Horacio o Fulco para dialogar —cómo no hacerlo— con algunos de los pasajes del Antiguo Testamento para los que seguimos sin contar, por fortuna, con una interpretación definitiva. Hablar de los cuidados en serio es lo que tiene, y este libro acoge síntesis novedosas que podemos y debemos agradecer, y que, sobre todo, nos permitirán seguir pensando sin incurrir en inercias vanas ni en propuestas perfectamente previsibles.

Sospecho que uno de los principales defectos intelectuales de nuestro tiempo es esa previsibilidad. Al tiempo que anunciamos quiebras, fugas y rupturas, y en una época en la que nos conmovemos con la palabra «disrupción», la creatividad filosófica tiende a sucumbir por culpa de la idea sin sorpresa y del arrastre ideológico. Este libro, por el contrario, ejerce una virtud clásica: la de ordenar los escombros del pasado con un ritmo nuevo para volver a dar una respuesta a una pregunta antigua. Los viejos problemas de siempre nos alcanzan, una y otra vez, de una forma distinta. Y esta distinción, o diferencia, creo que es uno de los mejores atributos del libro que ahora empieza.

Diego Garrocho

INTRODUCCIÓN

LA REVOLUCIÓN DE LOS CUIDADOS

En la década posterior al 15M los muros de las principales ciudades de nuestro país se llenaron de pintadas. Debido a la naturaleza de este híbrido, que se sitúa entre el panfleto político y el diseño gráfico, sus ideas debían verse condensadas en frases concisas y llamativas. Conmigo, al menos, esa estrategia funcionó, pues de una de aquellas reclamaciones del espacio público surgió este libro: «Los afectos son revolucionarios».

No resultará extraño haberse topado con esta consigna en más de una ocasión. Llegó un momento, en nuestro convulso escenario político, en el que simplemente resonaba como un eco apenas perceptible. Hay un ruido de fondo, pero pocos saben a ciencia cierta descifrar lo que pronuncia. ¿Qué significaban aquellas cuatro palabras?

Al principio, pensé que el problema se encontraba en el adjetivo. Lo revolucionario se confunde tantas veces con lo novedoso, alternando la parte por el todo, que acaba por olvidar de dónde viene, esto es, su historia. Sea como fuere, en su sentido más literal, que algo cuente con potencial revolucionario no se traduce, en ningún caso, en una ausencia de precedentes. Es más, si el margen para lo revolucionario se encuentra entre sus potencialidades, seguramente sea porque todavía permanece a la espera: de su desarrollo, de unas con-

diciones óptimas, del agente adecuado como motor... en definitiva, de un futuro en el que poder hacerse *acto*. Que los afectos, los cuidados, fueran calificados como revolucionarios quería decirnos mucho sobre su futuro, pero nada sobre su pasado. Eso debía estar en otro lugar.

Fue entonces cuando empecé a moverme. O, mejor dicho, a movilizarme. Asistí a asambleas, formé parte de colectivos y asociaciones, tomé notas en cada charla, curso y coloquio a mi alcance. Lo personal se había hecho político, y todas nos sentíamos hermanadas a través de la convicción de que, gracias a los cuidados y a los afectos, *todo* cambiaría. Quizá por esa razón se apelaba tanto a ellos. Necesitaban ser puestos en el centro, o más bien nosotras necesitábamos que así fuera. Probablemente se debía al deseo exacerbado —y justificado— de romper con nuestro pasado reciente y, de algún modo, también a la esperanza de poseer un lienzo en blanco que fuera nuestro por entero. La sensación que prevalecía era la de estar creando algo muy especial, pero sobre todo algo de cero.

Tal espejismo no debería sorprender a nadie si se tiene en cuenta lo presentista que puede llegar a ser nuestra generación. El catálogo de experiencias e historias ajenas que es capaz de atesorar nuestra memoria cuando se trata de compararla con la realidad presente es francamente reducido o, al menos, sospechosamente conveniente. Según parece, nunca antes el ser humano sufrió como en nuestro tiempo; nunca luchó como ahora; nunca el futuro fue tan incierto ni el amor dolió tanto. Es lo que suele decirse cuando se desconoce la historia. En cierta medida es lógico, y habremos de compardecernos frente a quienes vivieron una España en blanco y negro, pues hoy todavía no acostumbran la vista a los matices de un tiempo sin duda más libre y más justo, pero en ningún caso inédito. Verbalizar la necesidad de hacer de los cuidados

un asunto político es ya seguramente mucho más de lo que se permitía soñar entonces. Y, aun así, gracias a quienes se atrevieron a imaginar lo prohibido, hoy comienza a ser una realidad.

En aquellos días, el resto de Occidente había estado viviendo los años dorados del capitalismo, los conocidos como Treinta Gloriosos (1945-1973). Eric Hobsbawm describió este periodo como una «privatización de la existencia» provocada por la prosperidad que habían traído el pleno empleo y el consumo de masas. Mientras que hasta entonces los vecinos se reunían en el cine de verano, ahora podían optar a tener cada uno un televisor en casa. El entretenimiento, el trabajo e incluso la ayuda mutua habían dejado de pertenecer al patrimonio del espacio público¹. No deja de ser fascinante cómo una expresión tan poética puede esconder a su vez una paradoja de tal calibre: que algo tan positivo como la democratización del acceso a ciertos bienes de consumo suponga, al mismo tiempo, algo tan negativo como el aislamiento social y, en consecuencia, la reclusión de los afectos. No obstante, el estupor disminuye cuando una comprende que todo el sistema económico en el que vivimos se sustenta sobre creencias y contradicciones no menos extravagantes. A veces, cuando muchos añoran aquel tiempo en que la vida se escribía en plural y en comunidad, olvidan que ese colectivismo en particular era sólo la consecuencia de la necesidad y la pobreza de la clase trabajadora. Por eso conviene desconfiar de quienes, en lugar de narrar la historia, construyen desde el recuerdo idealizado medias verdades.

En cualquier caso, aquello que Hobsbawm identificó casi como una suerte de relación inversamente proporcional pare-

¹ Hobsbawm, E. (2013): *Historia del siglo XX*, Editorial Crítica, Barcelona, págs. 308-309.

ce que encontró su lugar, aunque fuera implícitamente, en la comprensión de los cuidados como una cuestión no sólo política, sino también subversiva. Si una parte de la clase obrera había «comprado» el deseo aspiracional de formar parte de aquella cómoda vida de interiores burguesa, entonces sacar los cuidados de los salones y devolverlos a las plazas era otra manera más de rechazar la deriva que, en la siguiente década, se consolidaría mediante el neoliberalismo impulsado por la era Reagan y los gobiernos de Thatcher. En el momento en que la economía de mercado conduce a unos hábitos afectivos individualistas, declinar el cuidado como patrimonio público —que ha de pensarse y organizarse en común— constituirá sin duda un pulso a la cara más cruel de este heredero ilegítimo del liberalismo. Es en este sentido, y únicamente desde su contexto, que asumimos los cuidados como francamente revolucionarios: como dispositivo posibilitador de un cambio profundo en las estructuras sociales y políticas existentes en este preciso momento histórico, pues en el último siglo, por unas razones o por otras, siempre habían acabado relegados, privatizados y, sobre todo, ocultos.

En consecuencia, los cuidados nacieron para nosotras con forma de promesa. La lucidez de Gabriel Celaya había concedido años atrás a la poesía el honorable título de «arma cargada de futuro», y así también comprendimos nosotras esos cuidados que nos apuntaban al pecho. La peor versión del capitalismo, la neoliberal, se había aliado con ciertas luchas bienintencionadas hasta pervertirlas, haciendo creer al feminismo o al movimiento LGTBI que su emancipación podía rimar con las dinámicas individualistas centradas en el consumo, ya fuera de mercancía o de cuerpos. Tras esa pobre definición de la libertad como la ruptura de todo vínculo de dependencia, una palabra nueva irrumpía anunciando la venida de una mejor y más justa vivencia de las relaciones socia-

les. Aquella promesa, como cualquier otra, hacía de guía para una esperanza elevada que sólo se sostenía en la medida en que nosotras mismas, extáticas, creíamos en ella. Sin embargo, lo que la diferenciaba del resto de palabras futuribles era que su verdad ya estaba aconteciendo. Tal y como enunciaba la performatividad del lenguaje de John L. Austin, los cuidados pasaban a ser una realidad cada vez que alguien los nombraba y, por tanto, los reclamaba como un derecho. No había espacio para ningún resto mesiánico aún por venir, pues pertenecía a un tiempo que había dejado de confiar en que algún dios tuviera nada más que entregar a los hombres.

El futuro que los cuidados cargaban ya se había convertido en nuestro presente y, como niños en la mañana de Reyes, no éramos capaces de hablar de otra cosa. Durante un tiempo, operaron como palabras mágicas, capaces de despertar sueños colectivos y abrir caminos donde antes sólo había vías muertas. Ya fuera en asambleas, pancartas o conversaciones cotidianas, estos comenzaron a ocupar un lugar excepcional, invitándonos a imaginar un mundo más habitable en el que lo común recuperaría su protagonismo ahora desposeído. Únicamente haciendo uso de aquellas cuatro palabras: «Los afectos son revolucionarios». Por desgracia, continuamos sin entender del todo su significado, y la euforia que en un comienzo había revestido a los cuidados pronto sufrió su propia metamorfosis. Por eso, este no es un libro sobre los cuidados; al menos, no sobre ellos en la actualidad. Este libro habla de su muerte.

UN PRESENTE DESCUIDADO

«No vengo a preguntarme cómo fue que empezaron las cosas, sino quiénes fueron mis maestros y mis héroes: aquellos que, con su forma de ver el mundo, construyeron —y construyen— mi forma de verlo y de contar. Vengo a preguntarme qué materiales hay en lo que escribo, y por qué son esos y no otros, y de dónde provienen.»

LEILA GUERRIERO

¿Qué significa cuidar?

Fue Nietzsche quien dijo aquello de que las verdades, al igual que las monedas, acaban por desgastarse hasta perder su troquelado, dejando así de ser consideradas lo que un día fueron¹. Podríamos sospechar, y probablemente no erraríamos al hacerlo, que un proceso muy similar sucede con las palabras. Tras su nacimiento y aceptación colectiva, las palabras comienzan a revolotear majestuosamente, incluso con cierto desaire, como si siempre hubieran estado entre nosotros. Ol-

¹ Nietzsche, F. (1996): *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Tecnos, Madrid, pág. 25.